



AÑO III

← BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1884 →

NÚM. 146



EL MAS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MANO DE DIOS, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—EL DIPUTADO DEL GANGES, por don J. Ortega Munilla.—VIRGEN Y MÁRTIR (*Conclusion*), por don Félix Rey.—EL ARCO IRIS BLANCO, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS.—EL MÁS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps.—PIERROT, cuadro por L. Comere.—EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca.—QUEDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa.—EL ARCO IRIS DE ULLOA.—EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider.

NUESTROS GRABADOS

EL MÁS FELIZ DE LOS TRES,
cuadro por L. Deschamps

Este cuadro, obra maestra de naturalidad, es un verdadero apólogo. Dados los elementos de un muchacho nacido y educado rústicamente, un perro de caza y un gato doméstico, puesto el primero en posesión de un plato de gazofía, que a los pretendientes huele á gloria, ¿cuál de los tres comensales es realmente más feliz?

En nuestra opinión, con perdón sea dicho del prójimo, el pachón lleva una ventaja positiva á sus rivales. Esta sentencia no está desprovista de *considerandos*.

El muchacho es rey según su especie; su fisonomía no carece de inteligencia; pero el hombre sin el aditamento de la instrucción, es un diamante que no ha pasado por el lapidario, piedra ruin y fea que no puede sostener la competencia con un pedazo de vidrio procedente de un vaso roto.

El gato no pasa de ser un golosillo, un chicuelo mal criado, que no ve sino la hora de echarse de hocicos en el plato y cebarse á expensas de sus compañeros.

Únicamente el perro conserva su serenidad; y aún cuando es indudable que hasta sus narices ha llegado cierto olor aperitivo que le anuncia las delicias del próximo festín, no se desconcierta en lo más mínimo, ni se deja llevar del ímpetu de las pasiones materiales. El perro, es por lo tanto, el más feliz de los tres comensales, pues subordina sus impulsos al buen parecer y á la dignidad de su raza.

La obra de Deschamps no tiene pretensiones y sin embargo da á conocer el talento observador del artista y cierta manera especial de dar color, peculiar de los maestros que están seguros del efecto.

PIERROT, cuadro por L. Comere

La figura de Pierrot es una de las más reproducidas, sobre todo por dibujantes y pintores franceses, como que es su paisano. A pesar de lo gastado del asunto, el Pierrot que hoy reproducimos ha tenido el privilegio de llamar la atención pública en la última exposición de París. Y, á la verdad, no sin motivo.

La casi totalidad de los artistas que han dado forma á ese tipo popular, lo han hecho de un Pierrot ajado, un jóven en la decadencia de la juventud, desaliñado, pobretón y llevando impresas en sus facciones las huellas de sus inveterados vicios.

Nuestro Pierrot, por el contrario, es un adolescente cándido, delicado, fino, simpático; su rico traje parece confeccionado por las manos de la más famosa modista; su ademán es como tímido, la expresión de su rostro es hasta afeminada.

Indudablemente no es este el Pierrot de la tradición; mas nadie puede negar á su autor el buen deseo de ennoblecer á un personaje decaído. Y como en bellas artes, por regla general, todo lo que tiende á *embellecer* es tomado á buena cuenta al artista, la rehabilitación de Pierrot, en este cuadro, explica satisfactoriamente la buena acogida que ha merecido en la exposición.

EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

El chalan, ó sea el tratante en ganado caballar, mular y asnal, es un tipo en todos los países del mundo; pero indudablemente la perfección de este tipo se encuentra en España. El chalan español habla del caballo que pretende vender con el cariño con que habla una madre de una hija que se propone casar. Al oír cómo el chalan hace la biografía del noble bruto y de sus progenitores, cualquiera diría que se ocupa de un individuo de su familia y que su vanidad está empeñada en exhibir los rancios pergaminos de su ascendencia. Si hubiéramos de dar crédito al chalan andaluz, todos los rocines históricos quedarían muy por atrás del suyo, sin exceptuar al Babieca del Cid y al mismísimo caballo Pegaso.

El malogrado Balaca, que conocía perfectamente ese tipo y que *sentía* cuanto expresaba de costumbres españolas, reasumió en pocos personajes la escena de la venta del caballo, y lo hizo con el éxito que acompañaba todos sus intentos, sobre todo cuando se referían á costumbres patrias. En la venta de un caballo, lo de menos es el caballo y hasta el comprador, y lo de más es el propietario de la bestia. Pues bien, en el dibujo que hoy publicamos de nuestro malogrado colaborador, véase cuán sin esfuerzo, cuán insensiblemente, se destaca la figura del chalan, hasta el punto de hacer accesorias las restantes de la composición. Hé aquí lo recomendable de esta, aparte la sobriedad y la verdad, características en Ricardo Balaca.

QUEDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa

Hay tomos de filosofía que pueden condensarse en un pensamiento que no ocupe una línea, y hay líneas que pueden dar lugar á tomos de filosofía.

Lo mismo ocurre en bellas artes: hay figuras, cabezas de estudio simplemente que constituyen por sí solas un poema de intención y aún de sentimiento. Las cabezas de la *Cena* de Leonardo de Vinci y de los *Borrachos* de Velázquez, son ejemplos populares de lo que venimos diciendo.

Respetamos debidamente á los grandes maestros para no querer establecer comparación alguna entre los apóstoles ó los bebedores de aquellos colosales artistas, y la figura que nos ocupa.

Pero es indudable que la dama de nuestro cuadro tiene impreso en su picaresco semblante un volúmen de intención y que en su mirada, en su ademán, en su porte todo, hay el argumento completo para una lindísima comedia en un acto.

EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO,
cuadro por Schneider

El autor de este cuadro ha simbolizado en una figura tres afectos ó pasiones distintas, y aún cuando esa figura resulta bella y natural en su actitud, la idea aparece confusa, ó mejor dicho, el pensamiento fundamental no existe. Del hecho de que una mujer jóven y hermosa traiga colgada una cítara y se encuentre en actitud de brindar, no se deducirá que esa mujer simbolice el amor, la música y el vino.

La alegoría, otras veces lo hemos dicho, ofrece dificultades sumas: es un enigma que no se descifra si no está muy bien representado y no expresa de una manera gráfica la idea concreta del autor. Por esto no abundan los cuadros de este género que, por otra parte, aprisiona al arte dentro de un círculo en que no cabe el verdadero genio. Emplear un artista su talento en pintar alegorías, equivale á que un gran poeta se dedique á confeccionar charadas. Y al hablar de alegorías no queremos comprender en esta denominación las grandes pinturas, especialmente murales, con que insignes maestros del arte, Rubens entre ellos, utilizaron la mitología, combinándola con personajes reales y efectivos, para consignar un hecho glorioso ó adular á algun príncipe, cortesano ó gran capitán. En estos casos, el arte ha producido obras admirables de ejecución; pero, seamos francos, el enigma se ha quedado enigma.

Otro tanto podemos decir de nuestro cuadro: bonita figura; pero el amor, el vino y la música, no parecen.

LA MANO DE DIOS

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ahí teneis el IMPARCIAL, el café Imparcial, el magnífico café Imparcial, de la plazuela de Matute, café que tomó su nombre de EL IMPARCIAL, el popular periódico de que tenemos la honra de ser colaboradores y que es también vecino de la plazuela de Matute.

El periódico sigue y seguirá, Dios mediante.

Pero el café ha muerto.

Continúa su muestra, pero con la palidez miserable y espantosa de los cadáveres.

En los tableros de su puerta cerrada hay quebraduras y agujeros.

Bajo aquellos signos de ruina debía escribirse:—Aquí yacen el zapateado y el canto flamenco, la alegría del mundo, en una palabra.

En los tiempos de su esplendor, esto es, hace tres meses, porque el fallecimiento es reciente, alborotaba la vecindad desde las ocho de la noche hasta las dos de la mañana.

Aquello era un hervidero y además de esto un bazar.

Pero no un bazar de diamantes americanos y una multitud de efectos de industria, sino un bazar de diamantes vivientes, de pañuelo en la cabeza, de ojos chispeantes y de bocas procaces, dispuestas tanto para las candentes caricias del amor como para la palabra cáustica, mordiente y lanzada á todas las magnitudes y aún á todas las monstruosidades de la idea libre.

Bazar semejante á los de esclavos en tierras de musulmanes, con la diferencia de que allí las mujeres se venden en plena propiedad y dominio y en el Imparcial la esclavitud se convertía en alquiler, semejante al de los coches simones.

Allí no iba más que la gente del bronce ó aficionados del género: los de la misma especie que no tenían dinero para un café ó para la media copa de ron y marrasquino, ó de bala rasa, ó de peña, como mejor queramos, se estacionaban en un enorme grupo á la puerta, cortando el paso á los *transeuntes*. La Fulanita (que se nos permita callar su nombre), preciosa mujer del barrio de la *Trinidad* de Málaga, zapateando de firme sobre el tablado con sus pequeños piés de hada al compás de la música, balanceando las provocadoras caderas y abrazando al público con el ademán de sus deliciosos brazos, recargados con relucientes pulseras, terciado el manton de Manila, coronando su graciosa cabeza el peinado á lo chulo, y con su característica peineta, haciendo ondular su traje de lani-lla con faralares, era la sultana de aquel harem flamenco.

¡Qué lástima de niña morena y barbiana, quiero decir, qué lástima que haya desaparecido de aquel eden de la gente de gusto!

¡Qué dolor de café!

¡Así pasa la gloria del mundo!

Y sobre todo, ¡qué lástima de industrial que allí tenía un filón de plata pura y se lo han cortado por una cuestión de orden público!

Desdichas.

II

Era una noche del invierno pasado.

En uno de los más recónditos rincones del café, porque el establecimiento estaba lleno de ellos, á una media luz misteriosa había sola, en un solo cabo, sentada á un pequeño velador redondo ocupado por un servicio de té, una mujer, ¡pero qué mujer! mejor dicho, una dama, que esta no podía menos de revelarse, á pesar de su disfraz de chula.

Tenia abandonado, con un elegantísimo desaliño, sobre la cabeza cargada con un tesoro de cabellos rubios, un rico pañuelo de la India: bajo el flequillo de sus cabellos dorados, desordenados sobre la frente de nácar, se veía su semblante que á primera vista suspendía, subyugaba, paraba la sangre: los ojos, no muy grandes, pero bellísimos, negros, brillantes como carbunclos, de los que fluía una vida poderosa, un alma impresionable, propensa á todas las impresiones candentes, sobrepuesta á todo respeto, á todo temor, á toda conveniencia social, á todo miramiento, y al mismo tiempo altiva, avasalladora, llena de la conciencia de su poder, ya por la influencia de su hermosura, ya por lo negro de la sangre que hervía en su corazón: y á todo esto, gracia, buen trapío, seducción, encanto, promesas de delicias inauditas, gloria viviente, martirio de todo el mundo y contento de uno solo.

Era una mujer hecha y derecha.

Cuarenta años por lo menos.

Pero cuarenta años frescos, fragantes, con todos los incentivos de la voluptuosidad, con una juventud de que rebosaba una vida poderosa, con una gracia de formas, una morbidez y una finura, una dureza que se tocaba con la vista.

Garganta sensual, carnal, estatuaria, robusta, mórbida, que abrasaba la sangre.

En ella un hilo de gruesas perlas, del cual pendía una cruz de brillantes que venía á caer entre la saliente superior de los dos altos globos del seno, velado á medias entre una nube de riquísimos encajes.

En las orejas dos gruesos solitarios.

En los brazos pulseras macizas y otro solitario en cada una de ellas.

En las manos sortijas de gran precio.

Un riquísimo manton japonés y un amplio y magnífico traje de faya.

Y no era una de las reinas del pueblo.

No era una manola.

El título aristocrático se le salía por todos los poros del semblante, en todos los relámpagos de sus ojos negros.

A la vuelta de la plazuela, en la calle de las Huertas, la esperaba un landó cerrado, al que estaba enganchado un tronco de magníficos caballos y cuyos criados llevaban libreas con pieles, y sombreros con anchos galones de oro.

El lacayo estaba á las puertas del café.

La hermosísima, la enloquecedora, parecía que aguardaba con impaciencia.

Los concurrentes asiduos del café habían reparado, como no podía menos de ser, en ella.

—¿Quién es esa señorona?—decían.—¿A qué viene aquí?

Era un pedazo de un mundo brillante, y en aquel otro mundo flamenco no la conocía nadie.

En ninguna parte podía haber estado más oculta.

Para aquella aventura no había necesitado más confidentes que sus criados.

Ya sabemos lo que son los cocheros y los lacayos.

Ellos conocen todas las historias secretas de sus señoras, y con mucha frecuencia ellos son personajes importantes de las tales historias y á veces la historia entera.

III

La buena moza estaba inquieta.

A pesar de lo llamativa que era por *realísima hembra* y por rica, en la que se podía encontrar *querer mareante* y *guita* larga, ninguno de los caballeros del café se había atrevido á abordarla.

Y había muchos de ellos que se atrevían á todo y que tenían la sangre frita por aquella señora que se había caído como de una nube en el café.

Pero miraba y resollaba con un tal poder la individua que se hacia respetar.

Consultó ella su reloj.

Un precioso reloj.

Eran más de las doce y media.

Se marcó más la cólera comprimida que aquella espera causaba en la dama.

Al fin su semblante dulcificó la rigidez de su voluntariosa impaciencia, y un relámpago de pasión, un relámpago divino inflamó sus ojos.

Un hombre ya de edad, pero fuerte y robusto, vestido sencillamente, pero con una gran distinción, adelantaba con trabajo entre las apretadas mesas del café, en torno de cada una de las cuales había un anillo humano, en que descollaban las graciosas y audaces cabezas de las chulas, y las gorrillas y los hongos de sus compañeros naturales.

Aquel señor era viejo, pero se notaba en él la expresión vigorosa de la juventud del alma, de esa juventud que no se marchita jamás ni deja nunca de ser vigorosa, y en la que a pesar de los deterioros de la piel, y de las arrugas y de las bolsas, encuentran muchas mujeres algo que las fascina y que las apasiona.

Cuando este señor estuvo á cierta distancia y hubiera podido juzgar del movimiento del semblante de la hermosa, la mirada de ésta, ántes candente, se apagó, y su expresión se hizo reservada.

Llegó, la saludó con una gran facilidad, como á una persona si no íntima, poco ménos; se sentó á su lado, y la miró con toda el alma en los ojos.

Un alma poderosa y firme.

Pero adoradora y sometida á la mujer que la conmovía.

Le asió una de las hermosas manos que ella tenia abandonada y que la mesa ocultaba.

Ella la retiró vivamente.

—No, nunca, jamás,—dijo.

—Yo agonizo, yo muero,— exclamó él;—tus ojos me enloquecen, tu garganta me incita, tu alma de demonio...

—¡Al pelo!—interrumpió ella:—la galantería no puede ser más escogida.

—Sólo un demonio puede causar tormentos insoportables y eternos.

—¡Cuando digo yo que eres la crema de la galantería! ¡Oh! ¡qué amor!

—Horrible, desesperado, capaz de todo.

—¿Y quién te dice que no te amo yo hasta el exterminio, viejo del diablo?

Y sonrió de una manera celestial, iluminando con su mirada en que ardía un volcan su magnífica hermosura. Era en aquellos momentos un arcángel de fuego.

—Sí,—añadió ella:—te amo con frenesí, con locura: por lo mismo no quiero que tú ames nunca: tú no has amado jamás: yo veo tu amor por mí; pero tengo miedo que si satisfaces tu amor me abandones á una desesperación horrible, á una humillación que no podría soportar.

—Tú me haces pagar todas mis iniquidades pasadas con las mujeres.

—Cuando yo me persuada de que te ha llegado tu hora, de que has caído, caeré yo también, y entonces ¡qué gloria, hijo! ¡qué cuadro divino! pero dime: ¿me amarías tú si yo fuera tan vieja y tan fea y tan egoísta como tú?

—¿Y por qué me amas tú á mí?

—No lo sé: yo estoy escandalizada de mí misma: no me gustas, si he de ser franca contigo, me repugnas, y sin embargo, estoy *chiflada* por tí, me pareces un Dios, y cuando te miro con los ojos del amor divino ¿no lo ves? se me agita el seno como si tuviera dentro un toro embistiendo: se me encandilan los ojos: digo, me parece á mí que los tengo encandilados, y me mareo. ¿Quién diablos ha echado junto á mí á este hombre?

Y le dió levemente con el abanico y como por casualidad en la cara.

El se estremeció con la fuerza de uno de esos terremotos que preceden á la erupción de un volcan.

—¡Oh, si eso que te sucede ahora fuera para siempre, ¡qué felicidad! pero tú no eres más que un lobo carnívoro, Andrés, y yo no quiero ser una víctima más añadida á tus iniquidades.

—¡Eres formidable! tú quieres que yo te mire y me enloqueces.

—Vivir es ser, y ser es serlo todo: comprendo que vivimos para nosotros mismos y que debemos destruir todos los obstáculos que encontremos á nuestro paso.

—Dime haz, y hago,— exclamó en un arranque de pasión terrible Andrés.

—No te entusiasmes, estamos llamando la atención: pide algo: y sobre todo serénate: tenemos que hablar á sangre fría, como se tratan los negocios serios.

IV

Andrés pidió una botella de cerveza.

Llamaban en efecto la atención de los que estaban en las mesas inmediatas, que alargaban el oído.

Aquellas dos personas en el café Imparcial eran una excentricidad enorme, á pesar de que ella se habia vestido á lo chulo y de que habia allí más de un señor del mismo empaque que Andrés.

Misterios de Madrid.

—Me has prometido,—dijo Margarita, que así se llamaba la diosa,—que me harías conocer aquí á la niña.

—Y lo cumplo en el momento: la niña es aquella morenita que está junto al tablado y que mira embobada á la chula que zapatea.

—¡Ah!—exclamó Margarita poniéndose pálida:—un amor, una vírgen.

—¡Y qué! ¿no eres otra vírgen tú?—dijo con acento opaco y apasionado Andrés.

—Yo he visto siempre el amor desde su verdadero punto de vista: un sueño que cuesta muy caro, del que se despierta mortalmente heridos del corazón.

Andrés se puso pálido y una expresión de celos crueles pasó por sus ojos que se revolviéron como los de un moribundo en una agonía dolorosa.

—Y ¿cómo sabes tú que el amor hiera?

—Lo he estudiado,—dijo ella con altivez.

—¿En qué libros?

—En el gran libro del mundo, de la naturaleza, de la vida, y por eso no he amado, por eso he desesperado á

los que me han pedido amor y á los que no he podido amar porque eran pedazos del vulgo, séres asquerosos.

—¿Y á mí me amas?

—Cabalmente porque no eres vulgo y porque hay en tí un misterio que yo siento no poder desvanecerlo, que obliga al amor y al amor del alma.

—La fuerza de voluntad, que triunfa de todo.

—Puede ser; pero la fuerza de voluntad no es comun: esa cualidad se encuentra raramente en todo su esplendor: por eso te amo yo, porque eres una cosa rara: ¿qué importan tus años, ni que ellos hayan quemado y arrugado tu piel? tú eres la vida y una vida de fuego: la vida que yo amo.

—Si tú eres también un prodigio de fuerza de voluntad y otro prodigio de hermosura.

—¡Y ardo, me devoro, te quiero, y te quiero con delirio, con transporte! me languidezco por tí, y tú me has hecho con tu amor más jóven y más poderosa: no puedo sufrir la vida; es demasiada vida la mía para una mujer, sería necesario ser una diosa.

—¿Y no lo eres tú?

—Me embriago cuando te oigo y agonizo cuando te recuerdo; yo creo que somos un alma en dos cuerpos.

—¿Y has podido dudarlo?

—Necesito una prueba: quiero que hagas lo que yo quiero.

—Y ¿qué quieres?

—Que destruyas lo que nos estorba.

—No hay obstáculo que yo no atropelle por tenerte.

—¡Silencio! dime quién es aquella vieja que acompaña á la niña.

—Una antigua querida de tu tío.

—¿Y á esa bruja infame ha entregado mi tío su hija?

—Esa bruja ha sido una de las mujeres más hermosas de Madrid; pero tú la conoces; ¿no has visto tú, no has admirado tú aquel retrato esmaltado en miniatura que tiene la petaca que usa continuamente el señor duque?

—¡Ella! ¡Imposible!

—Ella es, Angelita; pregunta á los calaveras viejos de Madrid quién era la Angelita hace treinta años, cuando ella tenía ya cuarenta. Pero estas grandes hermosuras, que son tan elegantes y tan distinguidas y tan atractivas en la juventud, cuando decaen, cuando envejecen, se convierten en brujas horribles.

—Me espantas: yo no quisiera ser nunca como aquella.

—Tú no lo serás: tu hermosura es de otra índole, es el resultado de una admirable, de una portentosa armonía de la forma, enriquecida con todos los lujos vírgenes y poderosos de la naturaleza, animada con un espíritu de arcángel, aunque este arcángel sea de tinieblas y viva entre un fuego horrible que arde sin herir.

—Siempre tu incomprendible galantería.

—Siempre mi ruda franqueza.

—Nos distraemos, se pasa el tiempo, ya he visto á mi prima, y te aseguro que me he enamorado de ella; pero vámonos, estoy incómoda; esta gente que nos rodea no me es simpática.

—La falta de costumbre.

—Puede ser.

—Aquí no hay hipocresía ni remordimientos; esta es la sola diferencia que existe entre este mundo y el mundo en que tú vives.

—Puede ser. Pero llama y paga.

Llamó él y pagó.

Los dos se levantaron y salieron por entre las apiñadas mesas causando murmullos no muy discretos, y palabras y modismos que ningun diccionario contiene á pesar de que están en las costumbres y que por consecuencia hacen ley.

Ella se agarró á él.

—Me siento morir cuando te ases á mi brazo,—dijo Andrés:—yo no he sentido nunca una tal morbidez ni una tal frescura.

—Pues á ganarlo.

—Lo ganaré.

Se acercaban al landó que esperaba.

—Véte,—le dijo;—cuando llegue á casa bajaré al postigo.

—Hasta luégo, Margarita de mi alma.

—Hasta luégo, señor don Andrés.

(Continuará)

EL DIPUTADO DEL GANGES

(FANTASIA ELECTORAL)

Después de haber discutido Dioscoro largamente sobre si los diputados representan al país entero ó sólo al distrito que los ha elegido, se le ocurrió esta pregunta: «¿por qué no ha de haber un diputado por cada clase, por cada pasión, por cada monomanía y por cada dolencia nacional?» Como estaba ya acostado no es extraño que Dioscoro se quedase dormido, y en sus sueños alborotados y calenturientos vió pasar un diputado que representaba á los músicos y otro que... Pero describamos lo que vió Dioscoro desde su lecho.

Poco después de que el sol saliera, las necesidades del trabajo habian ido despertando á cuantos arrieros, mozos de mulas, mayores y trajinantes tienen sus temporales hogares bajo las acampanadas cocinas de los mesones de una ilustre via madrileña. En las esquinas se establecian los habituales puestos de leche y buñuelos, y sobre las tablas de aquellos las semidormecidas manos de un químico de majada preparaba el bebedizo con que alimenta la primer hambre del día el heróico vecindario; mien-

tras en los untuosos mostradores de zinc el buñolero apiñaba la crujiente, rubia y oleosa fritanea. En las tiendas de comestibles los mancebos barrian, colgaban de la muestra paquetes de velas de sebo, pescadillas asoleadas y mojaditas de cien lluvias. En las tabernas empezaban á moverse aquellos vasos de tallado vidrio en que toma el aguardiente la gente jornalera. Algun balcon se abría y á su hueco se asomaba un madrugador que acababa de abandonar las muelles plumas, ó un trasnochador que entonces iba á buscarlas. Volvía á sus sobabancos tal cual cajista de matutino periódico con la retina llena de letras de imprenta y los dedos tiznados. Tornaba á su casa algun trasnochador, afanado aún con las ansiedades del juego en que habia consumido la noche y en los párpados barnizados de cierto brillo aceitoso se adivinaba la torpe vigilia llena de emociones. Unos á descansar, otros á trabajar, unos á padecer, á gozar otros, el movimiento humano empezaba, el mundo cambiaba de postura.

Cheminique, el obeso astorgueño, salió á la puerta de su acreditado establecimiento. Dió unos cuantos pasos por la acera, y hostezó, se puso la mano izquierda sobre la boca en desmañada acción y su mano derecha, siguiendo la oscilación general del cuerpo, hizo subir y bajar dos veces una tabla pintada de azul y blanco que después colgó de un clavo.

Aquella tabla tenia cierta interesante inscripción, que decía de esta manera: «Coche diario á San Martín de Valdeiglesias.» Después Cheminique se fué al trono de su mostrador, donde dirigía con sabedores artes las tres distintas series en que se dividía su comercio, el de carnes, el de pescados y el llamado por antonomasia de ultramarinos. Cheminique era el rey de la merluza, el príncipe de la ternera, el gran duque de los fideos; obedecían sus órdenes cuatro dependientes y los estómagos de la Cava baja le prestaban sumisión y vasallaje. Una sección del establecimiento de ultramarinos era la taberna que iniciada en mezquino lebrillo adornado de copas en una esquina del mostrador, habia ido apoderándose del local, y subiéndose á la cabeza de la tienda como por virtud de la fuerza distensiva de los alcohólicos. La pescadería habia retrocedido, perdiendo terreno, y las merluzas miraban con sus ojos cuajados que parecían perlas de cera, aquella invasión, tristes y resignadas. El maragato que guiaba aquella flotilla de cubetes de escabeche, habia resignado su cetro en el tabernero. Mesas redondas, pintadas de encarnado, llenaban la sala, y sobre sus tablas andaban aún los fragmentos de vidrio de la embriaguez y los naipes aovados y grasientos del mus y el tute. Cheminique pasó de la condicion humana á la divina el día que apareció á los ojos del mundo hecho un empresario de coches-correo. El fué el pródigo patricio que dotó de diario carruaje á la pintoresca pero oscura ciudad de San Martín de Valdeiglesias. En el estrecho cerebro del maragato se barajaban ideas de lucro y de grandeza, los escabeches y los asientos de la berlina, el pienso de sus famélicas y quintañonas bestias con la última adulteración sugerida por su instinto de químico para llenar sus bodegas de buen vino, haciendo emparentar al pozo con la cepa. Aunque es grande y por grande proverbial el amor que el maragato tiene á su traje orientalesco, Cheminique le abandonó para adoptar un pergenio entre el de majo rico y de burgués modesto. Llevaba zamarra de astracán, con un florón de paño azul en la espalda, que recordaba los sobrepuestos heráldicos de un escudo. Las mangas defendidas por fundas de tartán á rayas, y de sus ajustados puños salían las dos manos más gruesas, amorcilladas y fornidas que pudo dar de sí la ciudad del Papa-moscas. El cuello era corto, y la cabeza chata, sin espacio bastante para alojar cómodamente las nobles facultades; por lo que sin duda, la inteligencia se estaba en una pieza abuhardillada, y la sensibilidad tenia su oficina central en la trastienda de un cerebelo prominente con una escalera de mano para bajar al corazón en ocasiones apuradas en que habia mucho despacho de fuertes emociones.

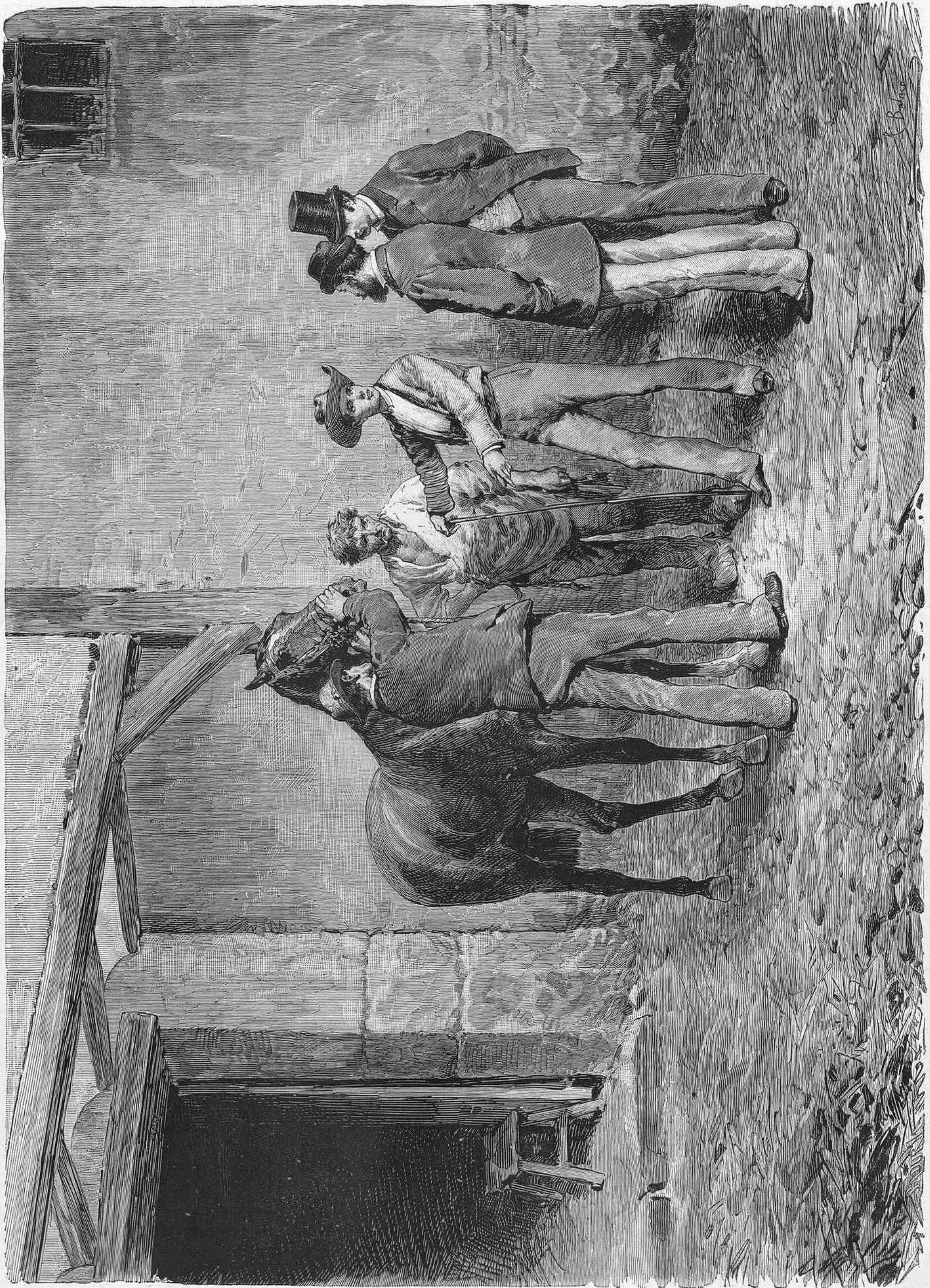
El primer rayo de sol doró el cimborrio de San Andrés y por la puerta cerrada se vió avanzar la diligencia de Cheminique, que era mejor un ómnibus viejo y desnivelado. De los dos jacos de lanza, el uno era cojo, el otro tuerto: llevaban calado el freno, apoyándose en él como el cojo en su muleta: bien es verdad que la debilidad del tronco la remediaba el juego delantero, que lo componian dos caballos de alta talla y desmedradas ancas, tan grandes, tan flacas y tan sin belleza como exentas de vigor. Preciso era la voz del Manchao, su látigo que llegaba á todas las mataduras de la recua en inagotable dictionario de vocablos picantes, punzantes y contundentes, para que los cuatro jamelgos llevasen á cabo la acción heroica de tirar del movable armatoste, y entonces las ballestas crujían, los cristales de las ventanillas vibraban y la enorme máquina partía botando sobre el empedrado. Por aquellos días (esto ocurrió en setiembre del año 67 en que yo estudiaba latin) habia cola á la puerta de casa de Cheminique para tomar asientos en el coche de San Martín de Valdeiglesias. ¿Qué suceso iba á realizarse en la villa? ¿Coronación de emperador, elección de rey ó corrida de toros? Nuestros informes nos permiten asegurar que esto último. Sí, amigos míos, sí: San Martín en vez de partir su capa con el pobre, se la daba íntegra á un torero, y con motivo de ser el aniversario de un pasmoso alumbramiento místico recibió en sus malísimas posadas, caterva ilustre en babilónica cifra.

—No hay ninguno; tengo el coche ocupado.

Así dijo Cheminique á un caballero que delante del mostrador mascullaba un cigarro en cuyo promedio lucía corbata de papel.—No es posible: yo tengo que salir hoy



PIERROT, cuadro por L. Comere (Salon de Paris de 1884)



EL OHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

mismo para San Martín, añadió el caballero, atusándose unos cuantos filachos de bigote, y acariciándose la punta de la corva nariz, parecida á la de Guignol.—¿Qué quiere V. que yo le haga...? exclamó Cheminique tomando un polvo (era su único vicio). El Ayuntamiento tiene tomado el coche por tres días: ayer para llevar á los toreros, hoy para llevar á los músicos, mañana para llevar á los cantores de la iglesia.

El caballero de la nariz guigolesca hizo un gesto de profundo desconsuelo. Era este señor de alta estatura, tan flaco y sarmentoso que todo él era una pura silueta, es decir, perfiles, líneas que no encerraban ó no parecían encerrar cosa alguna de sustancia y peso. Iba vestido con gran desden de los usos corrientes y con bastante olvido de la limpieza. Cuando le dijeron que no había billete en el coche, miró cara á cara á Cheminique y le soltó estas palabras:

—¿No sabe V. que mañana son las elecciones en San Martín? Pues sí señor, son las elecciones y yo me presento candidato... tengo la elección asegurada... yo soy médico, pero no asisto á enfermos, no despedazo mi ciencia en pequeñas parcelas para dar la comunión diaria á los que lo necesitan, sino que la entrego á la humanidad en grandes bloques, en enormes pedazos, lo cual traducido al lenguaje ordinario significa que soy inventor, descubridor de grandes verdades por las cuales muchas dolencias tenidas por incurables han encontrado alivio y salud los que las padecían... Pues bien, sepa V. que mi último descubrimiento ha sido el más importante de todos. Ya no habrá cólera. Quiero decir que el cólera será una enfermedad insignificante. Los que niegan lo maravilloso porque les molesta comulgar con ruedas de molino, no podrán negar cuando yo se lo explique, que en el estudio constante de las leyes de la naturaleza puede hallarse como yo he hallado algo que detenga esas mismas leyes, así como rompiendo el piñón de un engranaje se detiene la marcha de las ruedas que le obedece. Sí señor, déjeme V. ocupar un asiento de ese coche, que yo pueda llegar mañana al pueblo donde la elección va á efectuarse y mi triunfo es seguro... ¿Sabe V. quiénes van á votarme?... pues los muertos. No dirigí mi manifiesto á los vivos, sino que me iré al cementerio, y á los miles de ciudadanos que en ocasiones distintas han fallecido allí por la ignorancia de los hombres les diré: «Salid de vuestras tumbas... os ha dejado morir la falsa ciencia; la ciencia verdadera os dará la vida. Yo necesito una tribuna desde la cual pueda exponer mis teorías: esa tribuna me la facilita el acta de diputado...»

El maragato no entendió la mitad del absurdo razonamiento de aquel hombre, pero sí el mudo lenguaje de tres relucientes duros que desde los flacos dedos del doctor orate pasaron á su gruesa mano y en virtud de ello permitió á este subir al coche que poco después se puso en movimiento.

Estos puntos indican una serie de ideas incoherentes, vagas, inexplicables que pasaron por el cerebro de Dioscoro. Seguía este dormido y entre los últimos resplandores de aquel ensueño vió al doctor de San Martín entrar en el Congreso llevando un acta en la mano donde decía: «Vengo en representación del cólera.»

J. ORTEGA MUNILLA

VÍRGEN Y MÁRTIR

(Conclusion)

—No es posible; se halla ultimando los preparativos de marcha; dentro de una hora sale con el regimiento con dirección á Bilbao.

—Tanto más para que yo le vea; es muy urgente lo que tengo que decirle.

—Pero...

—No hay pero que valga. Anuncie V. al señorito D. Felipe de Velasco.

—¿Ha vuelto del otro mundo?

—Acaso.



QUEDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa

—Espere V. un instante.
—No tarde.

—Pase V. por aquí; tenga cuidado con estos escalones, hay tres... ¿Señorito?

—Adelante.

—Buenos días.

—¡Hola, Ruperto! ¿Qué hay de nuevo? ¿Es verdad que ha resucitado tu amo?

—¡Ay, ojalá que así fuese!

—Dichoso el que descansa; no tardaré en acompañarle. Esta guerra civil va á concluir con todos; no van á quedar ni los rabos; las mujeres habrán de formar gobierno; ¡será una nueva isla de San Balandran! Pero ¿qué haces de pie? Siéntate donde quieras, ó donde puedas; como ves todo anda revuelto en España... ¡Hasta mi vestuario!

—¡Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos! ¡Bien hace el señorito Luis en tomar los hábitos!...

—¡Calla y no digas tonterías! ¿Qué diablos traes en la mano?

—Un pliego que me dejó el señorito Felipe con encargo de entregárselo á V. en caso de que él falleciera.

—¡A buena hora te descuelgas con papeles! No tengo tiempo de leer.

—Con tal de que no se le extravié á V. ya lo leerá cuando pueda.

—Tienes razón; métele en mi cartera de viaje, es el sitio más seguro... En la bolsa del centro.

—No cabe.

—Dóblalo por la mitad... eso es... cierra, pero no eches la llave.

—¿Qué más se te ocurre?

—Que lleve V. buen viaje.

—Gracias.

—Y que sea más afortunado que mi pobre señorito.

—Mil gracias, Ruperto, mil gracias.

—¡Diablo! En el instante mismo en que me dispongo á partir para la guerra viene esta carta... ¿será un aviso? No soy supersticioso, pero hay casualidades bien extrañas... No, yo no salgo de aquí sin leerla. ¿Qué tendrá que decirme Felipe después de muerto? ¡Querrá c'arme alguna broma pesada! ¡Será tal vez una calaverada póstuma! ¡una locura de ultratumba!... Veamos.

Mariano rompió el sobre y entre algunos papeles de oficio halló una carta.

«Mi querido Mariano:

—¡Pues esta no viene en verso como la carta de don Juan!

«Mi querido Mariano; tú y yo somos dos grandes bribones.

—¡Buen principio!

«Dos locos, dos ciegos adoradores de las sotas de la baraja y de los gabinetes perfumados.

«Hemos querido con demasía á las mujeres del prójimo y aborrecido á la mujer propia que nunca tuvimos y, ¡ay! que no tendremos jamás (perdóneme esta primera debilidad que á manera de introducción apunto).

«Nuestras deudas increíbles nos han hecho acreedores á todo lo malo, porque nuestros acreedores nada bueno nos deben; nuestro debe y haber están llenos de trampas y de promesas solamente.

«¿Y los duelos estúpidos de que fuimos protagonistas?

«Los maridos engañados y los usureros pródigos (valga la paradoja) han perdido sus mujeres y su dinero, y, después de robarles, les hemos agujereado la piel.

«Y, sin embargo de todo esto, tú y yo tenemos buen corazón y sentimientos generosos.

«No se lo digas á nadie porque se reirían de nosotros; los hombres honrados no hacen fortuna.

«Tal ha sido nuestra vida; el escándalo, la desvergüenza y la corrupción por fuera; por dentro... ¡ah! por dentro... (creo que soy algo poeta) por dentro la caballerosidad, el honor, lo sublime, lo divino... ¡qué lástima que no nos hayan vuelto, como á un guante, lo de dentro á fuera!

«Lo cierto es que yo no estoy satisfecho de mí mismo... ni tú tampoco.

«Me voy á la guerra por romanticismo; los españoles somos gente aventurera; no obstante, si fuera egoísta me hubiera quedado en Madrid.

«Sólo unos perdidos como nosotros dos son capaces de jugarse la vida por una idea y por unos hombres que ni á tí ni á mí nos importan un comino.

«Como en la guerra, por soñador que uno sea, la muerte es un acontecimiento muy natural y frecuente, te declaro que al emprender la campaña siento la conciencia intranquila; sí, tengo remordimientos.

«Me sucede en la presente ocasión lo que al honrado y pundonoroso comerciante que, al terminar el año y hacer el balance general ó arquear (que en tales cosas no estoy muy fuerte), ve que debe más de lo que posee y que ha gastado el triple de los ingresos.

«Detrás de mí dejo una mujer engañada, una joven seducida que se halla en meses mayores.

«Me dirás que no es la primera ni tampoco la vigésima... ¡valiente noticia!... pero esta es una mujer honrada, una muchacha sencilla, una niña inocente y buena; estoy convencido, firmemente convencido de ello.

«Me creyó, me amó y yo la recompensé como un canalla.

«Es inútil describirte esta historia que en un principio fué idilio, luego égloga, hoy drama y que quizás dentro de poco venga á parar en tragedia.

«Se trata de una joven humilde, hija de artesanos; el hecho es bastante ridículo, ¿no es cierto? ¡Si lo supieran en el casino!

«No, no te rías de mí, calavera empedernido; todos llevamos nuestra máscara sobre las narices, lo mismo los buenos que los malos; máscara que conservamos hasta las puertas de la muerte, ante las cuales la arrojamos con horror lejos de nosotros como inútil y enojoso artefacto, porque en la muerte todos nos sumergimos desnudos... lo mismo que nacemos.

»¿Es el presentimiento de una muerte próxima lo que me vuelve filósofo? Creo que sí y me enorgullezco de sentimientos que por vez primera se despiertan y salen libremente de mi alma.

»Me preocupan esa muchacha y ese niño cuya entrada en el mundo me temo que va a coincidir con mi salida.

»Por si esto sucediera dejo una carta para mi hermano suplicándole que se encargue de la madre y del chico; pero no sé por qué no me inspira Luis gran confianza.

»El cura es egoísta; en fuerza de considerar a todos sus fieles como hijos concluye por no amar a ninguno.

»Además, mi vida le tiene escandalizado y me temo que mi última voluntad vaya a tomarse como un excéntrico capricho de un libertino *in extremis*, es decir, a beneficio de inventario.

»Tampoco le juzgo capaz de comprender este impulso extraordinario que siento después de tantas iniquidades e infamias cometidas a sangre fría, y por si sucediera lo que sospecho, quiero que estés tú a la mira, que peses en el ánimo de Luis si vacila en complacerme y le reemplaces en caso de que se niegue.

»Deseo que esos dos seres sean felices y dichosos; no me deben una desgracia? pues que me deban también su fortuna; Mariano, ¿me comprendes?

»Porque me comprendes, porque harás cuanto deseo aun cuando todo fuese una humorada mía, te escribo estas líneas y te confío mis esperanzas.

»Cuento contigo; ¿cómo no, si somos uno y otro igualmente desalmados, igualmente locos y astillas de un mismo palo?

»¡Ah! me he quitado un gran peso de encima.

»Ya estoy contento.

»Venga un abrazo y despedámonos para siempre, porque, si esta carta llega a tus manos, mis huesos se hallarán refinando azúcar ó en camino de una fábrica de botones.

»Adios y buena suerte, zorro mio; no te apresures en contestarme.

»Tuyo después de muerto

FELIPE DE VELASCO

V

San Luis Gonzaga

Pasaron algunos meses.

El gobierno se disponía a dar el golpe decisivo a los carlistas y terminar en una sola batalla la guerra civil que durante cuatro mortales años venia aniquilando en el país la juventud, la industria, y toda clase de prosperidades.

El ejército del Norte se reforzó con nuevos regimientos y pertrechos de guerra.

La gente estaba animada y resuelta a todo.

¡Ah! ¡cómo halaga a la fantasía tantos peligros que arrostrar, tantos obstáculos que vencer!

Los bisoños se pavoneaban dentro de sus chaquetillas azules creyéndose un Cid el que menos, en tanto que los veteranos paseaban con orgullo sus viejos uniformes hechos harapos y con cierto tufillo a pólvora que trascendía.

Se hablaba con entusiasmo; se bebía sin tasa y hasta se amaba la muerte.

Los hombres son así; ¿respiran sangre? son tigres; ¿huelen el incienso? son santos.

Por fin llegó la hora.

Seis divisiones, al mando de seis aguerridos generales, se abrieron en ala frente al enemigo.

El día era hermoso; la naturaleza se reía filosóficamente de estos horrores humanos.

En la columna del centro y entre el Estado mayor general se encontraba Mariano, el amigo de Felipe.

No le había sido posible ver a Luis, ni tampoco sabía cosa alguna de la madre y el hijo que le fueron encomendados.

El deber, y el contacto con la muerte acostumbran al ánimo a mirar con desprecio las cosas de aquí abajo.

Los primeros toques de corneta resonaron con marcial coquetería, cruzando los aires a la manera de amistosos saludos y despedidas y, a veces, semejando quejas y ayes de heridos y moribundos.

De pronto, del extremo del ala derecha avanzó un jinete a rienda suelta hacia el Estado mayor general que ocupaba el centro de operaciones.

Unióse al grupo y conversó largo rato con el jefe, quien le dijo al recién llegado ayudante:

—¿Piensa V. avanzar con nosotros?

—Me es lo mismo, dijo el interpelado tímidamente.

Mariano, que estaba de espaldas a él, volvió la cabeza vivamente afectado.

—¡Por Cristo que yo conozco esa voz!

—¡Mariano!

—¡Luis! ¿qué es esto? ¿tú entre nosotros y en ese traje?... ¿qué significa?

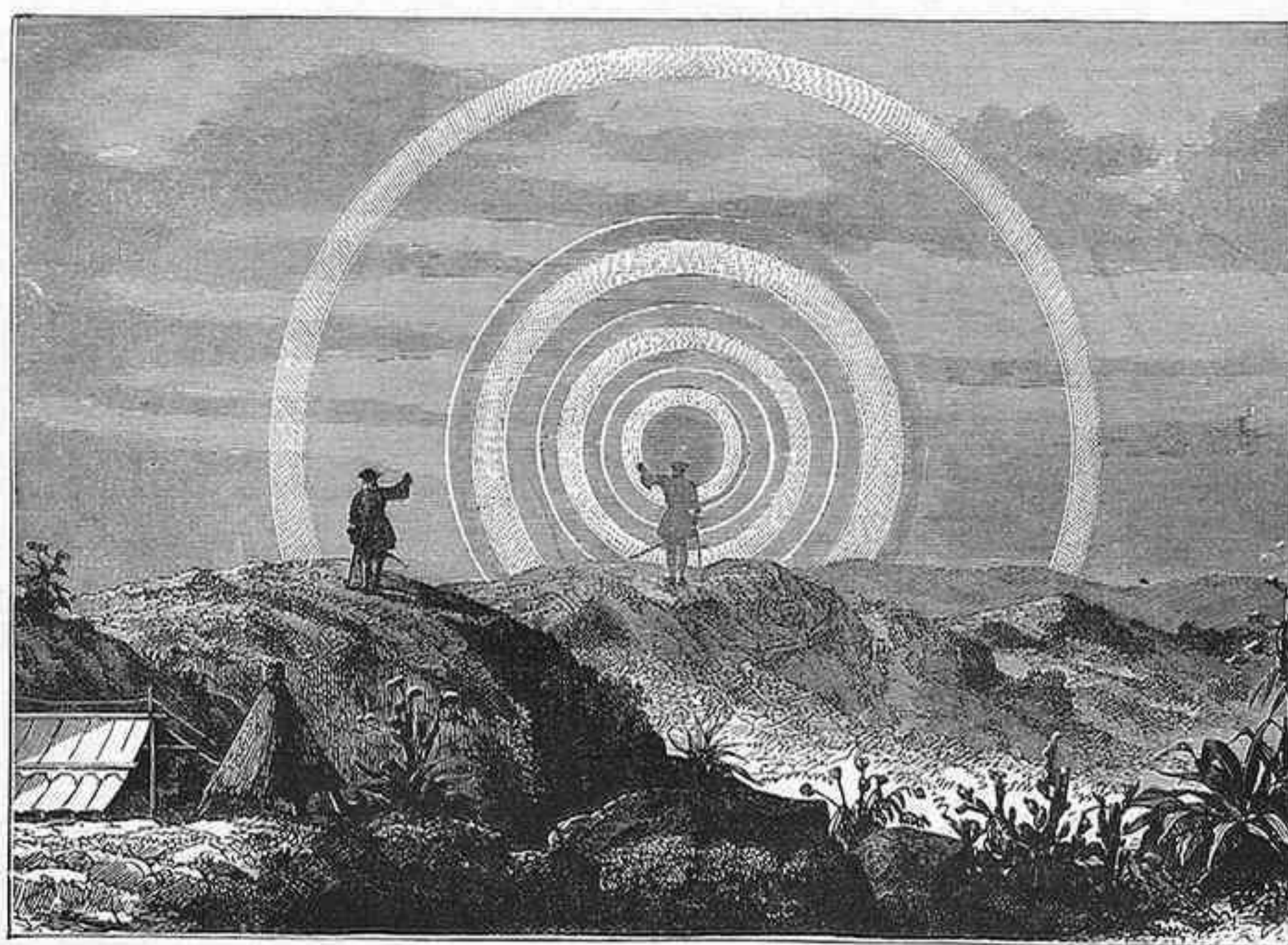
—Ven a este lado y hablaremos.

Ambos volvieron sus caballos y se separaron del grupo.

—¡No vuelvo de mi asombro! ¿Tú con tricorno y espada al cinto, cuando te hacia con casulla y un cirio pascual en cada mano?

—¡Dios lo tenía dispuesto de otro modo!

—¡Cuerpo de Dios, que todavía hay milagros en el mundo!



EL ARCO IRIS DE ULLOA

—¿Recibiste una carta de Felipe?—dijo Luis con voz entrecortada.

—Sí, y tú?

—También.

—Y ¿qué has hecho?

—Mi deber,—exclamó Luis sencillamente, al par que en su rostro imberbe se dibujó una sonrisa tan amarga como dolorosa.

—¿Tu deber? ¿no comprendo?...

Las cornetas comenzaron a tocar la orden de avance.

—Es verdad; no sabes nada; no hay instante que perder, te lo diré en dos palabras... Recibí la carta de Felipe la víspera de tomar las sagradas órdenes... ¡por fortuna llegó a tiempo! Me puse en camino inmediatamente; ví a la madre y al niño. Mi hermano se había portado muy mal con ella, porque si bien la muchacha es de clase humilde, es honrada y buena; el niño es hermosísimo... ¡cómo se parece a Felipe! No cabe duda que es hijo suyo; tiene la fisonomía y la expresión de los Velascos. Convencido de todas estas cosas é informado por un sacerdote...

Las lágrimas caían silenciosas de los ojos de Luis; Mariano estaba también conmovido. Mientras tanto las columnas del ejército avanzaban lentamente hacia las trincheras enemigas.

—Acaba, dijo Mariano.

—Sí, escucha, escucha.

Las primeras descargas de fusilería les obligaron a hacer una pausa.

—Después de una cruel y horrorosa lucha sostenida conmigo mismo; no queriendo faltar a mis votos, que si no habían sido pronunciados no por eso pesaban menos en mi conciencia, deseando cumplir con creces la última voluntad de Felipe, devolver la honra a esa pobre muchacha, dar un nombre al niño y perpetuar en él nuestro ilustre apellido de familia...

Los primeros muertos embarazaban el camino; por todas partes se oía la voz de avance; un coronel se llegó a los dos ayudantes y les gritó con voz de trueno:

—Caballeros oficiales, adelante, es preciso dar buen ejemplo al soldado.

Luis miró a su alrededor y poniendo su caballo al trote dijo a Mariano:

—Entonces me casé con la mujer abandonada por mi hermano y reconocí al niño. Aquel mismo día los abandoné y vine ayer a las órdenes del general X. como voluntario, decidido a morir sin faltar a mis juramentos ni a mis sagrados votos.

Dicho esto con voz clara y firme, Luis picó espuelas a su caballo y partió al galope, perdiéndose entre el humo de las descargas que se cruzaban de una y otra parte.

Aquella misma noche, auxiliado por la luz de la luna, Mariano recorrió el campo de batalla, principalmente el lugar donde se separó de Luis.

Siguiendo la dirección que este último había tomado, caminó largo tiempo reconociendo todos los cadáveres que hallaba a su paso.

Ya mediada la noche encontró el cuerpo del joven militar acribillado a balazos.

El rostro de Luis parecía sonreír bondadosamente; tenía los ojos abiertos, la espada envainada en el cinto y los brazos en cruz.

Mariano se arrodilló, besó su frente, le cerró los ojos y, llorando como un niño, prorumpió por vez primera desde su infancia:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

FÉLIX REV

EL ARCO IRIS BLANCO

Bien quisiera hallar palabra propia para designar el fenómeno meteorológico de que voy a tratar en este artículo; pero a falta de término de mayor expresión y que con más claridad dé idea del hecho, me permito llamarle *arco iris blanco*, aun cuando no parezca muy bien tal nombre.

Trátase al cabo de un efecto de luz, semejante a esa hermosa faja colorada que en la atmósfera producen los rayos solares después de haber atravesado levísimos corpúsculos de vapor de agua; efecto resultante de la misma descomposición de la luz, cuyos colores creyéranse superpuestos y coincidiendo, de suerte que originasen el color blanco de aquellas famosas aureolas descritas por nuestro insigne compatriota D. Antonio de Ulloa.

De cuantos fenómenos meteorológicos y atmosféricos conocemos, ninguno es tan interesante y hermoso como el causado por la dispersión luminosa. Más grandiosas y terribles son las manifestaciones eléctricas; los meteoros caloríficos de los vientos y las nubes, perfectamente estudiados al presente, ofrecen mayor variedad; pero nada tan misterioso y sutil como los meteoros luminosos, reducidos en último análisis a coloraciones por todo extremo admirables, brillantes aureolas y halos que se desvanecen en la atmósfera sin que puedan señalarse sus límites.

A la categoría de estos últimos pertenece el que va a ser objeto del presente trabajo, resumen y compendio de muchas observaciones y larga serie de experimentos.

Permítaseme, antes de entrar en materia, brevísima digresión acerca de la índole del trabajo de que voy a dar cuenta. Dos partes igualmente importantes y esenciales tiene el estudio de los meteoros luminosos, y estas dos partes no son sino el principio y el término del método de las ciencias naturales, las dos caras de todo trabajo físico: una constituida por la sola observación de sus hechos y de sus condiciones, y la otra puramente experimental y comprobatoria, consistente en la reproducción del fenómeno, para mejor determinar sus condiciones y llegar más tarde a establecer su ley general. A este propósito, dice con grandísimo acierto el eminente profesor Tyndall: «El físico investigador no solamente aspira a observar los fenómenos naturales sino que desea además reproducirlos, haciéndolos entrar, por decirlo así, bajo el dominio de la experimentación. Con observar aprendemos lo que la Naturaleza tiene a bien revelarnos; experimentando la colocamos en el banco de los testigos, la examinamos y sacamos de ella muchas más enseñanzas que las que habría querido ó podido darnos oportunamente.»

Este raro criterio, esta acertadísima doctrina, profesada por uno de los más hábiles é ingeniosos experimentadores de la época actual, va a servirme en la exposición de los hechos referentes al *arco iris blanco*. ¿Qué es, y en qué consiste tal fenómeno? ¿Cómo se reproduce en los laboratorios? ¿Cuál es su causa? Tales son las cuestiones que voy a tratar.

Ni es nuevo el fenómeno del *arco iris blanco*, ni muy reciente su estudio; es, sí, novísima su producción artificial, así como una serie de curiosas observaciones debidas al profesor Tyndall, que sirven de comprobante a las teorías de Young. Desde la cúspide del monte Pambamarca, en el Perú, vió, por primera vez, D. Antonio de Ulloa el *arco iris blanco*. Todos los libros de meteorología reproducen el curioso fenómeno. Entre la espesa niebla dibújase la imagen del observador rodeado de una suerte de aureola blanca, perfectamente circular, con zonas coloreadas por débiles tintas irisadas.

Poco después de esta primera observación y comisionados por el rey de España, emprendieron un viaje a la América del Sur, el mismo Ulloa y D. Jorge Juan y pudieron ver repetidas veces el mismo fenómeno, perfectamente descrito en la obra en que relataron su notable viaje. Unas veces aparecía aquel, como la primera vez, y cual si de la imagen de los observadores, pintada en la niebla, se proyectasen rayos de luz, que el vapor acuoso descomponía al punto, y otras el arco era de una blancura perfecta y de extraordinaria brillantez. Siempre aparecía el fenómeno semejante a una de esas figuras vaporosas, resplandecientes de luz y blancura ó como espléndida y magnífica manifestación luminosa, que algunos creyeron de origen sobrenatural y divino.

Si notable y magnífico es el meteoro descrito por Ulloa y Jorge Juan, no lo es menos la serie de observaciones hechas por Tyndall durante el pasado invierno, que voy a referir sucintamente. Dos *arco iris blancos* hace notar, sobre todo, el eminente físico; el primero en la noche del 22 de setiembre y en la noche de Navidad el segundo. Para que el fenómeno tenga lugar se precisa cierto estado atmosférico, es necesario que haya mucha niebla y aun escarcha; en estas condiciones basta abrir una ventana, en medio de la noche, colocar detrás del individuo una luz cualquiera y mirar a la oscuridad exterior. Al punto vése un círculo luminoso blanco y desvanecido, dibujándose en la oscuridad, mucho más allá de los límites de la sombra. Tal sucedió a Tyndall el primero de los días referidos, y cuenta el sabio que si adelantaba la cabeza en la sombra, caminaba delante la aureola, la cual producíase por la débil luz de una bujía ordinaria.

Tiene el *arco iris* ordinario, ó de colores, un carácter constante, que sirve para determinarlos; tal es el valor del ángulo que comprende el radio del círculo, al cual asignó Descartes, después de muchas medidas, 41°. Tyndall, habiendo medido el correspondiente al fenómeno que observaba, halló que era su valor sensiblemente el mismo, de lo cual dedujo que era verdadero *arco iris blanco*.

Los fenómenos observados la noche y el día de Navi-

dad son todavía más notables y dignos de mención. Por la noche la atmósfera estaba muy cargada de espesa niebla y caía finísima lluvia; en estas condiciones los círculos ó aureolas eran muy brillantes. La luz que los producía hallábase colocada entre dos puertas, y proyectándose en las sombras mucho más allá del espacio iluminado, parecía que su brillo procedía de la oscuridad y á ella lo debían aparentemente. Si el foco luminoso se colocaba en la niebla, desaparecía la aureola casi por completo; pues se la veía muy desvanecida confundirse con los vapores acuosos. Lo más admirable de tan hermoso espectáculo, los efectos de mayor belleza, debidos á los vapores atmosféricos, estaban reservados para la mañana siguiente. Amaneció un día de niebla espesa que condensándose sobre los vestidos les daba el mismo aspecto que si estuvieran cubiertos de rocío: mucho tiempo hubo de luchar el sol para disipar tantas brumas, que no lo hicieron sin dejar su huella en globulillos procedentes de la unión de pequeñísimos corpúsculos, cuyos globulillos veíanse tan sólo cuando la luz les hería bajo determinado ángulo. Movíanse extraordinariamente y parecían mejor que diminutas gotas de agua, vesículas semejantes á las que forman las nubes.

En seguida de esta observación hace notar Tyndall que, volviendo la espalda al sol y bajándose lo bastante para colocarse en la zona de los globulillos, vió un *arco iris blanco* mate; pero suficientemente claro y muy notable, presentando algunas veces tintas rojizas en sus límites.

Sucedía esto en el camino nuevo de Hind Head á Portsmouth: andando el *arco iris blanco* seguía á Tyndall y llegó un momento verdaderamente sublime para el gran experimentador. Brillaba el sol en todo su esplendor, no empañaba la claridad del cielo la más ligera nube; desde una colina vióse completo y como nunca brillante el *arco iris blanco*, colocado delante de unos brezos. Esta vez, como las anteriores, también marchaba delante de los viajeros y si por acaso llegaba á tocar en puntos de los valles donde era mayor la cantidad de vesículas, los extremos del arco emitían luz mucho más viva que el resto. Muchas veces quebróse el arco; pero se unió al punto y su belleza, si no superó, igualaba siempre á la del arco iris ordinario, aun cuando el blanco cause cierta sorpresa por no ser tan frecuente ni común.

Con estos datos se comprende al momento cuáles son el origen y la causa del *arco iris blanco* y cuáles han de ser, en principio, los medios de reproducirlo en los laboratorios. En punto á esto último, nada dejan que desear los trabajos del mismo Tyndall. Conocidos son en todas partes sus clásicos experimentos acerca del calor radiante y del color del cielo; nadie como él ha manejado la luz para observar sus efectos sobre vapores de diversas sustancias mezcladas con el aire, ni nadie tampoco ha dado

á sus investigaciones aquel vigor científico y aquel carácter tan singular, que denotan al verdadero sabio. El procedimiento para reproducir el *arco iris blanco* no es sino una nueva variante de sus métodos para determinar los efectos de precipitación debidos á la luz. En los primeros ensayos empleó Tyndall vapor de agua á la presión de veinte libras; la caldera donde se producía, tenía una válvula en la parte alta por la cual salía el vapor arrastrando consigo algunas gotas de agua; condensábase en parte al mezclarse con el aire y ya tenemos producida la atmósfera adecuada á la producción del fenómeno. Con efecto, colocando una luz con las condiciones anteriormente dichas, produciase el *arco iris blanco* brillante y hermoso como en la noche de Navidad que Tyndall lo observara.

Después del experimento inicial se multiplicaron los medios de obtener el efecto deseado, siempre con nuevos y más interesantes caracteres, teniendo siempre presente que su fundamento estriba en mezclar con el aire atmosférico un líquido cualquiera reducido á ese estado particular que el caso requiere. Citaré una sola de estas variantes. Colocó Tyndall sobre el tejado de la Sociedad Real de Londres un depósito de agua filtrada, desde cuyo

nos brillantes nombrados *supernumerarios*; pues bien, en el caso especial del fenómeno de Ulloa, formado precisamente en la zona del arco principal, los *supernumerarios* se aciman unos sobre otros y mezclándose producen el blanco.

Esta opinión se apoya con el hecho de que cuanto más pequeñas son las gotas de agua, tanto mayor es la zona de los arcos *supernumerarios* y el mismo Young ha demostrado por cálculos admirables que si las gotas tienen un diámetro de $\frac{1}{3,000}$ ó $\frac{1}{4,000}$ de pulgada, los arcos se superponen produciéndose la mezcla de color blanco. Si hubiera un solo *arco iris blanco*, la pequeñez de las gotas explica su formación.

Tal es, en breve resumen, el estado actual del conocimiento de uno de los fenómenos atmosféricos más notables, resultado al cabo, como todos los demás, de esta energía única, que aparece bajo mil formas revistiendo caracteres variadísimos, siempre armónicos, ya que todos se enlazan tan estrechamente que no puede decirse ni cuál es el primero ni cuál ha de ser el último.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider

fondo bajaba un tubo terminado por una reja de regadera cuyos agujeros eran extremadamente pequeños. Salía el agua como fina lluvia, que á poca distancia de la salida, formaba á modo de nubes constituidas por gotas pequeñísimas: en este caso, los círculos coloreados eran brillantes sobre toda ponderación y de pureza sin igual. No hay para qué hablar de otros procedimientos ni de los pulverizadores para dividir un delgado filete de agua que choca á gran presión con un disco metálico, ni de los efectos obtenidos con varios y diversos líquidos; pues sabido es que habiendo dado en manos de tan hábil profesor no quedó detalle sin estudiar. Para el objeto de este artículo creo suficiente haber indicado los fundamentos del método experimental.

Respecto del último punto ó sea de las causas del *arco iris blanco*, poco hay que decir; pues Young ha dejado la cuestión perfectamente esclarecida. Sábese cómo la luz blanca se descompone con sus colores elementales, los cuales á su vez superpuestos producen luz blanca; nadie ignora que el arco iris procede de la descomposición de la luz al atravesar, en condiciones determinadas, las gotas de agua que se forman en la atmósfera cuando amenaza lluvia y es también fenómeno muy frecuente ver dos ó más arco-iris, unos debajo de otros. Pues bien, en estos hechos, que son ya del dominio vulgar, se apoya la explicación de Young, según el cual el *arco iris blanco* es consecuencia de la excesiva pequeñez de las gotas de agua que lo producen. Cuando observamos dos ó tres arco-iris hay uno principal más claro y con colores más puros y definidos y otros mé-